

pronto una dura experiencia les hizo conocer que era un hombre peligroso de provocar.

La vida de Roma era demasiado pacífica para el genio de García de Paredes, y la hubiera abandonado muy pronto á no haber sido por las instancias del papa y del cardenal Carbajal, su primo; se avenía mal el vigor, el ardor y el ansia de pelear que sentía en su pecho, con la vida tranquila, muelle y afeminada de Roma.

Los Orsini, el cardenal de la Robera, una porción de los señores de Italia, habían tomado las armas contra Alejandro VI, y su hijo César Borgia, duque Valentinois, emprendió la destrucción de aquellos tiranuelos, y concibió el gran proyecto de la unidad de la Italia, bajo el poder del soberano pontífice: grande ocasion para que García de Paredes emplease su denodado arrojo y aliento. Nombrado capitán en 1497, derrota diversas veces á los señores de la Italia, y se encarga de tomar á Montefiascone, donde se habían encerrado, para lo cual se valió de una escala de pías y escudos, por la que él mismo trepó hasta la almena, arrojando á los que en ella estaban; bajó luego á la ciudad, y rompiendo con sus propias manos los cerrojos y las cadenas de la puerta, dió paso á las fuerzas del papa que la ocuparon, haciendo una multitud de prisioneros. Tornó otra vez á España, aprovechándose de una tregua; pero vueltas á empezar las hostilidades entre Luis XIII, el rey don Fernando el Católico, pretendiendo la corona de Nápoles, se unió al famoso ejército con que el gran Gonzalo de Córdoba conquistó en brevísimo tiempo aquel reino. Destinado García de Paredes al socorro de los venecianos que sitiaban á Cefalonia, que se hallaba en poder de los turcos; estos, no pudiendo vencerle cuerpo á cuerpo en el campo de batalla, le cogieron por medio de un ardido tan ingenioso como singular: le echaron unos garfios desde la muralla, y le subieron encima de ella; una vez allí García de Paredes, con su espada y con su escudo se defendió todo el día de los turcos, pero agoviado por el cansancio y cubierto de heridas, cayó exánime. Entonces le encerraron en una torre, le cargaron de cadenas y le guardaron cuidadosamente; pero cuando los venecianos y los españoles dieron el último asalto á la plaza, hizo García un esfuerzo, y cual otro Sanson rompió sus ligaduras, arrebató las armas de un centinela y salió de la cárcel dando tajos y mandobles, haciendo él solo tanto estrago como pudiera hacer el ejército enemigo. Asistió con las tropas de su Gran Capitán á todas las funciones de guerra con que inmortalizó este gran caudillo las armas españolas en Italia. En el sitio de Canosa, obligó á los enemigos á encerrarse en sus atrincheramientos, y los franceses propusieron entonces un desafío personal, cuerpo á cuerpo entre once españoles y once de los suyos. Hallábase Diego Paredes en cama, á causa de las heridas que había recibido; pero era esta una ocasion muy propia de su genio para que él pudiese permanecer quieto. A despecho de las órdenes de sus jefes, á despecho de su propia debilidad, fué uno de los que salieron á medir sus espadas con los franceses. En la lucha tuvo que sostenerse contra tres de los mas valientes, y después de seis horas de lucha, los jueces del campo declararon incierta la victoria de una y otra parte. Mal avenida esta sentencia con los ánimos y los alientos de García, quería él, á pesar de tener sus armas rotas, vencer ó morir; pero tuvo que someterse á la sentencia de los jueces del campo. Después que se restableció, se apoderó de Rufo: se halló en la batalla de Ceminara y de Cerignola; se distinguió en el paso del Garellano. Concluida la conquista de Nápoles, regresó á España, siendo muy bien recibido de los Reyes Católicos. Hallábase un día en los salones del palacio aguardando al rey, cuando en un corrillo de cortesanos y palaciegos osaron poner en duda la probidad de Gonzalo, su compañero: probidad sobre la que se dijeron muchas cosas en aquella época, habiendo quedado hasta en proverbio los gastos que hizo en la conquista de Nápoles, con el nombre de *las cuentas del Gran Capitán*. Mirábalos de reojo García de Paredes sin hablar una palabra, contenido tal vez al principio por la majestad del sitio en que se hallaba, cuando de repente, dejándose llevar de su genio, interrumpió á los maldicientes, diciéndoles con tono terrible:

—El que se atreva á insultar el honor sin mancha del Gran Capitán, que levante el guante.

Y arrojó su guante de acero en medio de aquella turba de afeminados palaciegos.

El rey que había oído aquella conversacion, se presentó; cogió el guante, lo devolvió afablemente á García, y dijo á sus cortesanos:

—Retiraos, y entended que no se debe hablar mal de quien acaba de conquistar un reino.

El rey dió su mano á besar á García, alabándole el que fuese tan buen amigo, como era valiente y denodado caballero.

Volvió á Trujillo, su patria, donde fué recibido con grandes aclamaciones, porque eran muy populares en España sus grandes hazañas. Casóse en aquella ciudad, y después fué enviado al lado del emperador Maximiliano, jefe de la liga de Cambray, contra la liga veneciana, hallándose en los sitios de Verona y de Vicenza.

García de Paredes fué uno tambien de los grandes capitanes que se distinguieron y lucharon con gloria en el reinado de Carlos V. García de Paredes se halló en la célebre batalla de Pavía en 1525, en que el monarca francés perdió su libertad y entregó su espada á los españoles; esa espada que desde entonces ha permanecido en la Armería real de Madrid, hasta el año de 1823, en que al venir los ejércitos franceses á restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII, se la llevaron del sitio donde la habían puesto sus conquistadores.

Murió García de la caída de un caballo, en 1530, á la edad de sesenta y cuatro años. Increíbles parecerían los hechos de este capitán, verdadero tipo del soldado español, fuerte en la batalla, áspero en su trato, desdeñoso con los cortesanos, si no estuviesen consignados en las crónicas ó historias de aquella época. Tenía don Diego García de Paredes todo el cuerpo cubierto de cicatrices. Se halló en quince batallas campales; en diez y siete sitios, y su valor y la pureza de sus costumbres corrieron parejas con las de otro héroe parecido á él en aquella época, aunque de distinta nacion, el caballero Bayardo, á quien la posteridad ha dado el nombre del *caballero sin miedo y sin tacha*.

¡Cuántos héroes como este presenta la historia de España, cualquiera que sea el reinado en que quiera contemplarse! No hemos podido menos, á la vista de la armadura del célebre don Diego García de Paredes, de recordar á nuestros lectores su portentosa y novelesca vida.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

Por entonces mi tío el duque de... me llamó al pueblo á donde, cansado como yo de todo, se había retirado.

Fui y vi con asombro, que mi tío había tenido la fortuna de lograr crearse una familia *sui generis* con sus perros, sus patos, sus conejos y sus gallinas.

Entraban en esta familia, las flores del jardín y las legumbres de la huerta.

Envidié con todo mi corazón á mi tío.

—Te he llamado, me dijo, para un asunto de interés: cuando digo que es de interés el asunto, claro está que á quien interesa es á tí, porque á mí ya no me interesa nada.

—¡Oh! ¡sí por cierto! los perros, los patos, las gallinas.

—Tengo poder bastante para hacer completamente feliz la vida de esos animales: ellos por su parte me pagan cumplidamente, siendo mis cortesanos, y casi casi amándome: estoy seguro de que uno solo de mis perros me sea ingrato, y de que uno de mis conejos pretenda robarme ó engañarme: las flores me recompensan de mis cuidados por ellas, dándome su fragancia y